

ALEXANDRIA WARWICK

EL
VIENTO
DEL
OESTE

Traducido del inglés por Jesús Jiménez Cañada

FAERIS

Título original: *The West Wind*

Publicado mediante acuerdo con Simon & Schuster (Australia) Pty Limited Suite 19 a, Level1, Building C, 450 Miller Street (PO Box 448), Cammeray, NSW 2062 A Paramount Company, e International Editors & Yáñez' Co Literary Agency, of Còrsega 288, 1er 2 a, 08008 Barcelona España.

Mapa de Robert Lazzaretti

1.ª edición: junio de 2025

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright del texto © 2025 by Alexandria Warwick

© De la traducción: Jesús Jiménez Cañada, 2025

© Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2025

Valentín Beato, 21

28037 Madrid



ISBN: 978-84-19988-66-9

Depósito legal: M. 7015-2025

Impreso en España - Printed in Spain

Descubre aquí el reino de Faeris:



Para los temerosos y los intrépidos



LA GRISURA

LASTIERRASALTAS

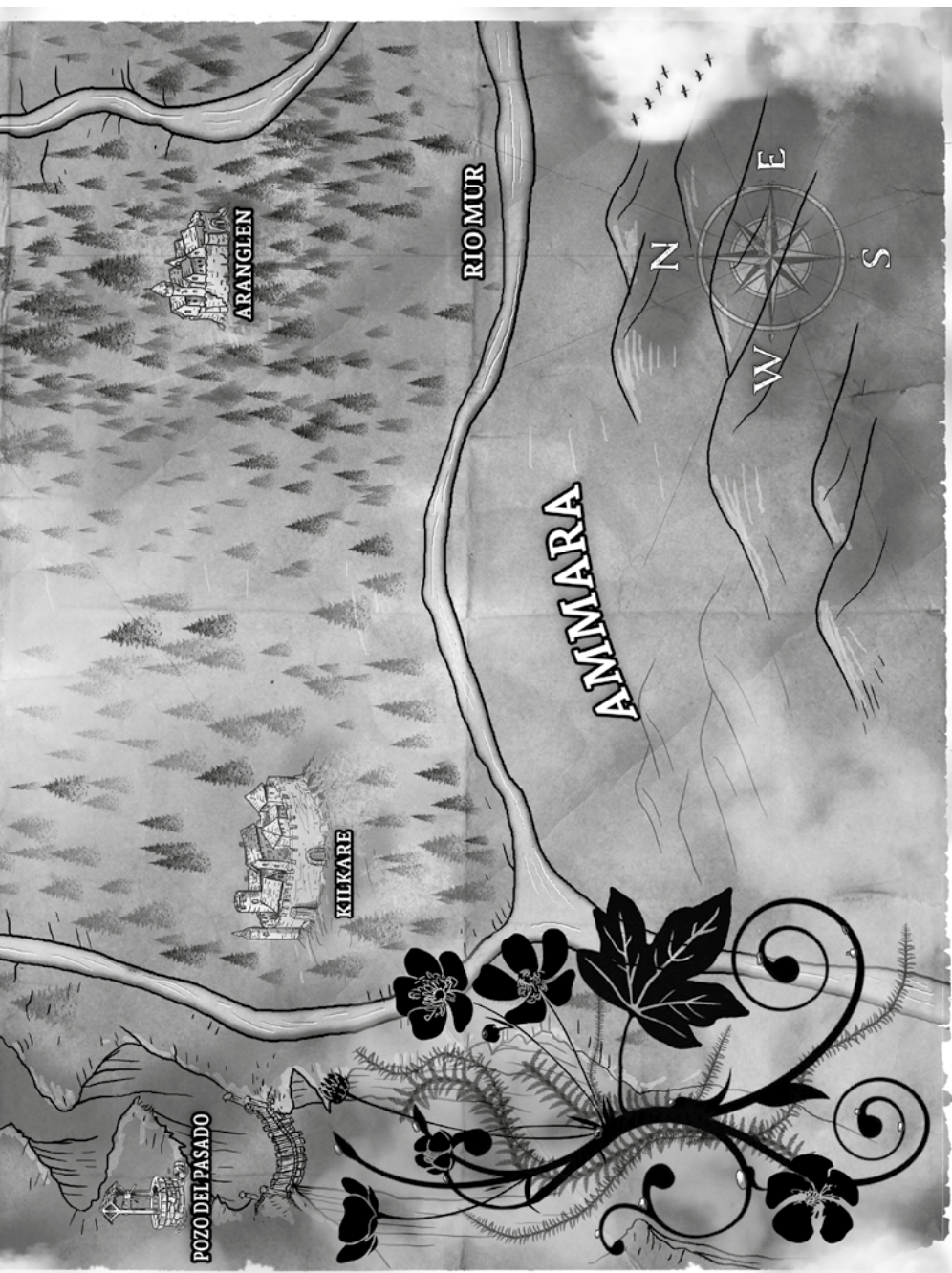
VERANESS

CARTERRHAUGH

THORNBROOK

RIO TWEE





PARTE 1



DEVOTA

1

Un hombre yace bocabajo en el suelo a mis pies y, si no me equivoco, está muerto.

O está muerto o poco le falta para estarlo. Su espalda, inmóvil, ni asciende ni desciende. No se mueve aire alguno dentro de sus pulmones. Una maraña de cabello mugriento con vetas doradas se le pega a la curva del cráneo; los insectos se deslizan por sus profusos rizos. Dejo el canasto que acabo de llenar de flor de perla silvestre y me acerco.

Una ráfaga sopla por el antiguo bosque en el que se alza solitaria la montaña. Carterhaugh, pues así se llama esta expansión boscosa de musgo y helechos, es tan denso que, en cuanto el viento muere, el mundo queda en silencio. Aquí, el sonido no viaja lejos. No hay cantos de pájaros. Ni gritos.

Le doy una patadita a la pierna del hombre con la puntera de la bota. No hay respuesta. Debió de apartarse del camino, y ese fue su último error. Si está muerto, hay que informar a la abadía. Al menos así recibirá un entierro digno.

Me arrodillo. La tierra, húmeda y esponjosa a causa de las frecuentes lluvias, se hunde, blanda, bajo mi peso. Me apresuro a ponerme mis finos guantes de cuero y solo entonces alargo la mano para tocarle la cara.

La noto cálida. A pesar del cuero que separa nuestras pieles, noto el calor que desprende la suya.

Con un gran tirón, lo pongo bocarriba. Se me escapa un grito ahogado, porque el hombre se estremece una única vez y luego queda laxo. Me he equivocado: este hombre no está muerto. Tiene los ojos ennegrecidos, hinchados grotescamente sobre una nariz horriblemente rota. Por entre sus labios agrietados se atisban unos dientes blancos. Su piel es morena, pero apenas se ve bien bajo tantos moratones. Tiene toda la línea del cabello cubierta de grumos sanguinolentos.

Frunzo el ceño, apoyada en los talones. El hedor a humo se impregna en mi vestido y me recuerda a las hojas que esperan en la forja a que las temple.

Su atuendo, no muy distinto a su rostro desastrado, claramente ha visto mejores días. Lleva una pesada capa verde bajo la casaca manchada de barro. Unos pantalones rajados a la altura de la rodilla cubren un par de fuertes piernas rematadas por botas altas y gastadas.

—Se ha de juzgar lo que se conoce —murmuro para mí—, no lo que se percibe.

Desconozco la historia de este hombre. Podría ser un viajero. Quizá la oscuridad de Carterhaugh lo haya desorientado y se haya perdido en el camino de Thornbrook. Kilkare está a apenas trece kilómetros al sudoeste de aquí..., medio día de camino en carreta. Sin embargo, sus heridas sugieren que alguien ha tirado en este lugar su cuerpo y lo ha dado por muerto. ¿De dónde viene este hombre? Y, lo que es más importante, ¿quién lo ha herido y por qué?

En el aire reverbera un sonido dorado. Son campanas que resuenan desde el pico de la montaña. Siete tañidos que marcan la hora sagrada. Llego tarde, porque me he alejado demasiado para recoger la hierba medicinal.

Lanzo otra mirada de soslayo a la silueta inmóvil del hombre. Aprieto los puños mientras los ecos de las campanas se atenúan hasta desaparecer. Quién sabe si este hombre no se habrá encontrado con el pueblo albo. Suele pasar que algún mortal se vea

arrastrado bajo tierra y que lo retengan aquellos que viven en el reino de Infra. De hecho, la abadesa de Thornbrook también fue prisionera en el mundo bajo la superficie, o al menos eso cuentan. Sea como sea, aunque yo quisiese ayudar a este hombre, no podría. Por mucho que la madre Mabel insista en que las puertas de Thornbrook están abiertas para quienes lo necesiten, en realidad solo las mujeres pueden entrar en la abadía.

Me pongo de pie y siento frío en el estómago al comprender que mi partida dejará a este hombre solo y vulnerable. Pero he de irme. Agarro el canasto y atravieso a toda prisa la tierra empinada. Recorro el sendero serpenteante que va hacia el norte. Un hueco entre los árboles da paso al impresionante capitel de la iglesia que se alza entre los muros cubiertos de musgo de la abadía, que rodean todos sus terrenos.

Thornbrook es un portento de piedra pálida. Según el Texto, las acólitas más devotas del Padre construyeron ellas mismas esta estructura. Arrastraron montaña arriba enormes bloques de piedra y los apilaron hasta formar tres plantas. En la base se acumulan los helechos, que se infiltran por las grietas del edificio.

Existen dos formas de entrar: una amplia arcada para carros y caballos, y una estrecha puerta para quienes viajan a pie. Ambas están bloqueadas como precaución contra el pueblo albo. Le hago una señal a la portera, que abre al instante el portón de hierro.

El claustro aparece ante mi vista. Atravieso a la carrera el patio cubierto de hierba hacia los dormitorios y subo las escaleras hasta el tercer piso. Una vez que llego a mi dormitorio, me quito el vestido gris de diario y me pongo el hábito blanco que hemos de llevar durante la misa, así como el cíngulo, que me rodea la gruesa cintura y se cierra con un único nudo. Quienes han tomado los votos atan este delgado cordón blanco con tres nudos. Sin embargo, a mí no me ha llegado aún la hora.

Para cuando llego a la iglesia, el sudor me cubre la piel. Las Hijas de Thornbrook ya se han reunido allí. Un mar de blancura interrumpido por las estolas rojas de las acólitas.

Antes de entrar en el lugar de oración, me lavo las manos en la pila cerca de la puerta. Una vez purificada, me introduzco por la parte trasera de la iglesia y me deslizo hasta una bancada cerca de otra novicia. No se percató de mi presencia. Su atención está fija en el altar, en el mármol blanco cubierto con tela escarlata sobre el que arden tres velas eternas: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Al frente de la estancia, la madre Mabel sube los escalones hasta el altar, donde se encuentra el coro. Se dirige al presbiterio y se gira hacia nosotras, con las manos alzadas y las palmas hacia arriba. Directamente tras el altar, una vidriera verde derrama luz sobre las cortinas que cubren el mármol y sus sujeciones.

Como una sola persona, todas inclinamos la cabeza.

—Padre Eterno, nuestros corazones se abren ante ti. Guíanos en los próximos meses en los que se acerca el diezmo.

Me llevo las manos con las palmas juntas a la frente, como el resto de la congregación. La plegaria de la madre Mabel se convierte en un arrullo. Mi mente empieza a divagar.

Tiene sentido que hayan atacado a ese hombre. De hecho, el pueblo albo tiene sus razones. Atrapados en esos túneles angostos y esas cuevas sin luz, expulsados de cualquier lugar mortal, se les prohíbe gobernar o tener autonomía, a pesar de haberse instalado en Carterhaugh siglos antes de que los mortales los obligasen a retirarse bajo tierra. Pero el bosque, con su manto de sombras y su naturaleza oculta, aún atrae a la superficie a muchos miembros del pueblo albo.

En cuanto a ese hombre..., no debería pensar en él. Esta es la casa del Padre, sus muros y puertas son un santuario poco común. ¿Qué pensaría Él si supiese que reservo espacio para otro hombre en mi cabeza? Con cierto esfuerzo, consigo apartar de mí estos pensamientos traicioneros. Alzo la cara hacia las celestiales Tierras Eternas. Nuestro Padre ha creado dos reinos. Carterhaugh: idílico, abundante, inmaculado. Infra: una semilla podrida bajo la tierra.

—Recitemos los Siete Decretos —dice la madre Mabel con voz reverberante.

Obedientes, repetimos lo que ella va diciendo:

—No matarás. No robarás. No codiciarás bienes ajenos, ni faltarás al respeto a tu madre y a tu padre. No darás la espalda a Dios. Recordarás el Día Sagrado. —Y el último—: No mentirás.

—Que al entretejer estos Decretos en el tejido mismo de nuestras vidas mantengamos así nuestros votos —prosigue la madre Mabel—. Que actuemos siempre con honor y rectitud.

Yo aprieto las manos sudorosas. Honor. ¿Qué honor hay en abandonar a un hombre en el bosque, a merced de cualquier criatura insidiosa que por allí pase?

—Que obedezcamos la fe con devoción. Que no tengamos secretos para el Padre.

Abro de golpe los ojos. La congregación se agita.

—Y —entona la madre Mabel, mirándome directamente a los ojos— que jamás sintamos lujuria hacia un hombre.

2

Alzo el brazo y golpeo el metal al rojo con el martillo. El tintineo reverbera y luego muere, aplastado por el calor abrasador de la forja.

Otro golpe. Mi espalda y mis hombros se tensan del esfuerzo creciente, pero esa también es una sensación familiar. Hierro derretido, maleado y enfriado. La daga, una vez completada, se añadirá al resto que espera a que las lleven a Infra. Aunque faltan meses para el diezmo, los preparativos ya han empezado.

El martillo cae de nuevo. Nunca se acaba el trabajo. El sudor me pega mechones largos y rojos a la frente. Tengo las mejillas arboladas, de color escarlata, un desafortunado efecto colateral de tener la piel blanca como la leche.

Mientras trabajo, pienso en Carterhaugh. Pienso en el pueblo albo y en su inclinación por la violencia. Ha pasado un día entero desde que me topé con ese hombre en la arboleda. Me había dicho a mí misma que lo olvidaría, pero mis pensamientos vuelven a su rostro magullado. Las preguntas me acosan.

Cuando la hoja pierde color, la acerco al gran bloque de piedra donde arde el fuego y la introduzco entre los carbones humeantes. Acciono con seguridad los fuelles. El artificio se contrae y el aire sale de un soplido. Los carbones llamean como respuesta.

Martillear, recalentar, martillear, recalentar. El patrón se repetirá hasta que la daga esté perfilada adecuadamente. Agarro el

extremo con las gruesas tenazas y golpeo el metal contra el yunque. Una esquirla sale despedida del filo de la hoja y aterriza en mi delantal de pellejo de vaca. Tras una hora de martilleo, hundo la daga en un cubo de agua. Un siseo atraviesa el aire mientras el hierro se endurece y su estructura se estabiliza. Examino la hoja desde todos los ángulos. Su brillo de plata resplandece como una estrella. Me invade una cálida satisfacción.

Mientras la hoja se enfría sobre la mesa, vuelvo a centrarme en lo que me rodea.

Ya ha caído la noche al otro lado de la entrada pequeña y oscurificada. Me empiezan a sudar las manos, aunque este sudor no tiene nada que ver con el calor de la forja. La misa de la tarde acabó hace una hora, pero a veces vuelvo a la forja después para trabajar con una temperatura más favorable, siempre con el permiso de la madre Mabel. El miedo que me inspira la oscuridad es una tontería. Mi farol me proporciona luz de sobra. Me digo a mí misma que con eso basta.

Después de desatarme el delantal, lo cuelgo en un gancho cerca de la puerta y tiro el cinturón de cuero para las herramientas sobre la mesa con un repiqueteo. Por último, apago el fuego. Muevo las ascuas y contemplo cómo el aire frío las empieza a ennegrecer. En pocos minutos, el fuego se ha apagado.

En el exterior, coloco el farol en el suelo y afianzo los pies. En la sombra de la forja, saco mi daga y empiezo a practicar una breve ronda de ejercicios. Apuñalo, esquivo, ataco por arriba, por abajo. Aunque mi antiguo mentor me enseñó lo básico, es la madre Mabel quien exige que mantenga siempre a punto mi habilidad con el cuchillo. No muchos saben que la madre superiora es una espadachina experta.

Empapada de sudor, con la sangre hirviendo de ansia, envaino la daga y vuelvo al complejo principal, caminando a toda prisa hacia su lejano resplandor. Los baños están vacíos a esta hora, así que tengo la escasa oportunidad de bañarme en paz, sin comentarios maliciosos que insinúen que ocupo mucho espacio.

Me remojó bien en la bañera, me quito todo el hollín y la mugre del cuerpo. Luego regreso a los dormitorios, con el pelo húmedo recogido en trenzas. El fresco algodón me roza la piel. Suenan nueve campanadas: toque de queda.

En cuanto entro en mi habitación, enciendo la vela de la mesita de noche. Una luz ambarina calienta el yeso de las paredes. Mi dormitorio es pequeño, como todos los de Thornbrook. Tengo pocas pertenencias personales. El Texto descansa abierto sobre mi escritorio, junto con mi diario.

Todas las novicias han de compartir las habitaciones dobles, pero, dado que soy la herrera y entro y salgo a horas desacostumbradas, me dejan dormir sola en la torre oriental, al final del pasillo. Mi ventana me proporciona una vista de las tierras altas del norte y del estrecho —una línea oscura a treinta kilómetros de distancia lamida por olas blancas— que separa Carterhaugh de un reino conocido como la Grisura.

Con el Texto y el diario en mano me meto en la cama. Abro el diario por la entrada más reciente, toda una página llena de reflexiones de la noche anterior.

No sé de dónde ha venido este hombre. Me pregunto de dónde será.

Paso el pulgar por la esquina de la página, pensativa, y luego cierro la encuadernación de cuero. No tengo más que añadir. Ese hombre es un misterio.

Dejo a un lado el diario, entono mis plegarias nocturnas y termino murmurando:

—Amén.

Me queda solo el Texto. Siete secciones abarcan toda la liturgia. El Libro del Destino, el Libro de la Noche, el Libro de la Pesadumbre, el Libro de la Verdad, el Libro del Origen, el Libro del Cambio y el Libro del Poder. Esos capítulos son tanto una lección de historia como una brújula moral. Los escribieron las primeras

seguidoras del Padre: la piedra angular sobre la que se construye toda nuestra fe.

Abro el Texto por el Libro del Destino y retomo la lectura por donde la dejé ayer. Bien podría haber sido escrito ahora mismo, la tinta aún fresca, porque la letra se emborrona ante mi vista. Cierro los ojos y pienso en el hombre que yacía en medio del bosque, tan quieto. Su rostro horriblemente desfigurado está sellado en mi mente.

No soy en absoluto de naturaleza impulsiva. No soy la corriente del río, que abre caminos bajo tierra. Soy la roca dentro del caudal. Ese hombre debe de haber muerto ya; se lo habrán llevado a rastras las bestias de Infra, donde solo habita el mal absoluto, y aun así...

Abro de golpe los ojos. La oscuridad traza sombras en el techo.

Me giro de lado y contemplo el temblor de la llama de la vela. Aquí está la seguridad. Un pequeño brillo. Y así y todo, el sudor me cubre la cara interior de los brazos, como si mi cuerpo ya hubiese captado las intenciones de mi mente. La noche cubre Carterhaugh. Los bosques no son seguros. Pero supongo que, si me llevo el farol, su luz bastará para guiarme.

Maldigo este tierno corazón mío, aparto las mantas y me pongo la capa, con el farol bien agarrado en la mano. Si vuelvo antes del alba, la madre Mabel no se enterará.

Me muevo con premura, manteniéndome en las sombras, por el claustro ribeteado de columnas. De puro milagro consigo cruzar los pasillos sin que me vean. Me deslizo como un espectro hasta el exterior.

La oscuridad cubre el patio adoquinado y su círculo de árboles. El herbario descansa al otro lado de un portón abierto a mi izquierda. Aloja en su interior una pequeña cabaña tras cuyas puertas hay cubos, herramientas de jardinería y una carretilla con la que transportar cargas pesadas. Para amortiguar el chirrido de las ruedas, aceito los ejes de la carretilla. Luego la cubro con una manta. Por suerte, llego hasta la entrada sin mayor incidente.

Como Thornbrook carece de fondos con los que costear a nadie que vigile de noche, levanto la reja con lentitud agónica. La manivela chirría tan fuerte que estoy segura de que los aldeanos de Kilkare la habrán oído. Miro por encima del hombro al tiempo que siento una oleada de frío en la piel.

Nada. Ni un movimiento, ni un sonido. Me apresuro por miedo a que me descubran. En cuanto la apertura es lo suficientemente amplia, paso la carretilla de un empujón y vuelvo a bajar la reja tras cruzarla. Esta barricada de hierro es lo único que separa Thornbrook del pueblo albo.

Es una travesía lenta a través de la oscuridad. La luz de la luna ilumina de plata los resaltos de la tierra, por lo que doy gracias. La carretilla salta y repiquetea, sus cuatro ruedas avanzan torpemente en este terreno irregular.

Avanzo con cuidado, pues temo al pueblo albo y sus planes nocturnos. No queda mucho. Alzo el farol para que su luz anaranjada ilumine el área que me rodea. Si no me falla la memoria, fue aquí donde me aparté del camino para recolectar la flor de perla...

Y ahí está el hombre.

Exactamente donde lo dejé, despatarrado en el suelo. Resulta extraño: parece mezclarse con la tierra. Los helechos se encorvan sobre su torso con una desconcertante impresión de afecto. Veo que su pecho asciende y desciende y me invade el alivio.

Dejo el farol, me pongo los guantes y le coloco los brazos a los costados. Mi cintura es tres veces la suya, mis brazos son anchos, musculosos. Así pues, me cuesta poco subirlo a la carretilla. Lo cubro con la manta para darle calor.

El viaje de regreso dura una eternidad. Con una rueda desaliniada, la carretilla vira y se escora en el suelo. Del esfuerzo, siento como si me clavasen garfios ardientes en los muslos. Aun así, subo montaña arriba, sin parar. El terreno se aplanas y luego vuelve a subir. Cada vez hay más claridad en el este. Pronto el color se derramará por las grietas del mundo.

Cuando llego a los muros desmigajados de la abadía, el sudor se acumula bajo mis brazos. El alba es inminente, así que sería una necedad meter la carretilla en los terrenos. La dejo al lado de la entrada, junto con el farol. Cargo con el hombre en peso y cruzo la entrada de Thornbrook.

Un sendero gastado lleva hasta la parte trasera de la forja, donde aún se capta humo en el aire. Tras unos pasos, me detengo para reajustar el peso del hombre. A pesar de la mugre que lo cubre por completo, de su piel mana un dulce aroma, como a musgo y a sol. No puedo esconderlo aquí, pues la madre Mabel a veces se presenta sin avisar. No tengo muchas más alternativas: la enfermería o mi dormitorio. Lo mejor sería llevarlo a la enfermería, pero los hombres tienen prohibida la entrada a la abadía, y temo que la médica lo expulse y lo deje a la intemperie a pesar de sus heridas. Y no puedo abandonarlo, de eso no tengo dudas. El único lugar seguro será mi habitación.

Me esfuerzo por oír algo mientras paso junto al herbario, más allá de los lechos de verduras y hierbas medicinales. Luego entro en el claustro. Se oyen voces amortiguadas entre las columnas de piedra. ¿Quién estará despierta a esta hora? Hace mucho que se anunció el toque de queda.

Aminoró la marcha al girar un recodo. Un pasadizo oscuro y silencioso, iluminado por islas de luz titilante. Instantes después, una silueta alta y rígida se materializa en el extremo del corredor.

Se me hiela la sangre.

No me atrevo a moverme, aunque mis músculos se tensan bajo el peso del hombre. Es la madre Mabel, pero está demasiado lejos como para saber si está mirando en mi dirección. Sin embargo, algo ha llamado su atención. La punzada que siento en la espalda se vuelve insoportable y se me escapa un gemido que rompe el silencio de la cálida noche.

La cabeza de la madre Mabel se gira en mi dirección. Las sombras envuelven su silueta, excepto el brillo de los ojos y el resplandor de su collar serpentino de color dorado.

—Madre Mabel —dice alguien.

Ella se sobresalta y se gira hacia Fiona, una de las novicias, de ojos oscuros.

—Querida, ¿qué haces despierta a estas horas?

Juntas se marchan en dirección contraria y desaparecen por las puertas que dan a la iglesia. Silenciosa como los muertos, subo las estrechas escaleras que llevan a los dormitorios. Para cuando llego al mío, estoy jadeando. La puerta se abre sin emitir sonido alguno, luego vuelve a cerrarse con un chasquido amortiguado cuando echo la llave.

Al instante, mis rodillas ceden y el hombre cae de bruces en mi catre. Segundos después, me deslizo hasta el suelo. Eso ha estado cerca, cerquísima.

Tocar la piel de un hombre es un pecado grave. Dar cobijo a un hombre en el dormitorio y sin carabina... Solo de pensar en las consecuencias me falta la respiración. Todas hemos oído los rumores: mujeres que se han entregado a la fe y que de repente rompen sus votos y son expulsadas a la intemperie.

Sin casa. Sin calor. Sin propósito. Sin dios.

Pero... es que este hombre...

Me obligo a ponerme de pie y me giro para inspeccionar a mi huésped bajo el brillo del farol aún encendido. El rasgón que tiene en la casaca revela un pecho suave y musculoso cubierto con escaso vello castaño. Aparto la tela y veo más heridas. ¿Le han dado una paliza? De ser así, no ha sido el pueblo albo. Los habitantes de Infra disfrutaban de su violencia. Para ellos es un juego. El objetivo nunca es terminar, sino prolongar. ¿Por qué romper cuando se puede doblar, rasgar y triturar?

Le estiro las piernas, tan largas que cuelgan del borde de mi catre. Luego rebusco en el arcón a los pies de mi cama entre mis pocas posesiones terrenales, pues antes de estar aquí, tuve otra vida.

Un pequeño cesto de tela contiene gran cantidad de brebajes y bálsamos; obra de mi madre. Desenrosco el tapón de una botella

de cristal y vierto algo de linimento en mi mano enguantada hasta que el cuero se cubre de una capa brillante.

Empiezo con las peores magulladuras, las que tiene en la parte inferior de la mandíbula. La hinchazón en la cara del hombre empieza a bajar; le arranco ramitas y hojas del pelo y le aparto los rizos de la cara. Tiene unas pestañas larguísimas que casi rozan sus pómulos levemente pecosos. El color de sus ojos sigue siendo un misterio.

Entonces, inevitablemente, llega el tañido de la campana que anuncia el alba.

Y llaman a mi puerta.

Brielle de Thornbrook ha dedicado su vida a la abadía.

Pasa los días forjando hierro y estudiando el Texto, como parte de su preparación para convertirse en acólita; una de las pastoras del Padre. En sus veintiún años de vida jamás ha tocado a un hombre. Y jamás lo hará.

Sin embargo, fuerzas oscuras se despliegan más allá de los altos muros de Thornbrook. Un encuentro casual con un seductor desconocido llevará a Brielle al reino de Infra, donde la podredumbre impregna el aire y las raíces se ennegrecen.

Ese desconocido de ojos verdes es Céfiro, Aquel que Trae la Primavera.

En Infra hay pocos en quienes Brielle pueda confiar.

Y menos aún en Céfiro. Aun así, ningún hombre la ha cautivado tanto como él.

Cuando la fe y el corazón choquen, Brielle descubrirá lo rápido que se precipitan los acontecimientos y lo poco que dura hasta su voto más sagrado: no le darás la espalda al Padre, pues Él es el Reino, el Poder y la Gloria.

Por los siglos de los siglos, amén.